

Fernández, Víctor Manuel

Desde Chimpay

Revista Criterio N° 2333, Diciembre 2007

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *Desde Chimpay* [en línea]. *Criterio*, 2333 (diciembre, 2007)
<http://www.revistacriterio.com.ar/iglesia/desde-chimpay/> Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/desde-chimpay-victor-manuel-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Desde Chimpay

por **Fernández, Víctor Manuel**

El pasado domingo 11 de noviembre estuve en Chimpay, pequeño pueblo de la Patagonia al cual se llega después de recorrer muchos kilómetros de desierto, pasando sólo por algunos poblados insignificantes. Yo conozco la vida de esos pueblos. Me crié en uno de ellos (5000 habitantes), un poco más grande que Chimpay. Si uno se coloca en una esquina alcanza a ver el campo por los cuatro costados. Además, hace varios años que los fines de semana atiendo Alpa Corral, un pueblito de Córdoba de 500 habitantes. Chimpay tiene 6000 si se suma la zona rural, pero en el mismo pueblo sólo habitan establemente unas 3000 personas. Pocas cuadras están asfaltadas y el viento levanta una constante polvareda.

En un pueblito de esos, una celebración donde asisten 100.000 creyentes de todo el país, junto con el secretario de Estado de la Santa Sede, varios cardenales y obispos, es un hecho impresionante. Se convierte para los pobladores, y especialmente para los mapuches, en un signo luminoso del cariño y la cercanía de Dios. El cardenal Tarcisio Bertone señaló que era la primera vez que se realizaba en el mundo una beatificación de esas características, ya que normalmente estas celebraciones se realizan en Roma o en grandes ciudades. Se le agradeció al cardenal Jorge Bergoglio, quien nunca quiso aceptar que esta fiesta se celebrara en un lugar que no fuera la Patagonia. Así se lleva a la práctica aquella decisión de la Iglesia latinoamericana de dedicar tiempo a los pobres (*Aparecida* 397) y de convertirse en una madre que sale al encuentro (370). Sería maravilloso que esa fuera nuestra actitud constante.

Ceferino despierta una ternura espontánea en la gente, especialmente en los que se le parecen por la pobreza, la sencillez, el dolor. En Chimpay pude ver muchos rostros curtidos y morenos, y me parecía percibir que Ceferino caminaba con ellos, de la mano. Pero también había muchos gringos y gringas, argentinos de corazón abierto y sencillito, que se acercaban a abrazar la imagen del mapuche.

Recordemos que el padre de Ceferino, Manuel Namuncura, reinaba sobre un gran territorio indígena, invadido por Roca en su feroz campaña. El cacique anduvo errante, escondiéndose en la cordillera durante más de cinco años, hasta que en 1884, con poco más de 200 hombres agotados, siguió el consejo del padre Milanés y se rindió para evitar el exterminio. Luego viajó a Buenos Aires para pedir una parte de las tierras que él había dominado, pero sólo se le permitió a su gente habitar un pequeño territorio junto al río Negro, llamado Chimpay. Allí se instalaron, y en uno de los toldos comunitarios nació Ceferino en 1886. Como no conseguían los títulos de esas tierras, debieron trasladarse a San Ignacio, entre las montañas (Neuquén). Ceferino vivió estas angustias en carne propia, al lado de su padre viejo y humillado. Por eso en 1897, cuando todavía estaban en Chimpay, Ceferino lagrimeaba al ver la miserable condición de los indios y a su padre que no podía aliviar las necesidades de su gente hambrienta. Entonces le dijo: *Papá, ¡cómo nos encontramos después de haber sido dueños de esta tierra! Ahora estamos sin amparo. ¿Por qué no me llevas a Buenos Aires a estudiar... Y yo podré estudiar y ser un día útil a mi raza.*

En el colegio de Buenos Aires muchos alumnos se burlaban de Ceferino y de su padre, se reían por su castellano mal hablado y se alegraban del fracaso de los mapuches en la campaña del Desierto. Tenemos un testimonio de aquella época, donde un sacerdote del colegio narra esas burlas y agrega: *Es de notar cómo, entonces, debido al antagonismo secular entre el indio y el blanco, mantenido fresco por la reciente campaña de Roca, un aborígen era mirado sin ninguna consideración.*

Pero Ceferino era un amante de la reconciliación y de la paz, y en el blanco que lo humillaba reconocía a un hermano. El beato Artémides Zatti también contó que le admiraba la inmensa paciencia de Ceferino con sus compañeros. Promovía constantemente el entendimiento, la amistad y la unidad. Su estrategia era siempre vencer el mal con el bien y conservar la alegría, pero sin dejar de identificarse con su pueblo pobre. Nunca dejó de considerarse indígena. Cuando escribía se presentaba como tal, y le encantaba mostrar sus habilidades fabricando flechas, tirando al blanco, montando a caballo y cantando y bailando canciones mapuches. También conservaba el amor y la admiración hacia su padre. Poco antes de morir, Ceferino le escribía: *Le agradezco su gran resignación de sacrificar años sin vernos...*

Mil besos y abrazos. Querido papá, le pido su paternal bendición y créame su afectísimo hijo que desea abrazarlo.

Humillados y fracasados, los sobrevivientes del reino indígena encontraban en la fe cristiana la seguridad de una dignidad que nadie les podía quitar. Seguramente era eso lo que percibía Ceferino en su propia vida. A medida que pasaban los años fue descubriendo que los que más cerca habían estado de los indígenas, promoviéndolos en todo sentido, eran los misioneros. Ceferino los había escuchado predicar en su lengua materna, conviviendo entre ellos, y había valorado profundamente esa especial cercanía, signo del amor de Dios que habita entre nosotros.

La obra evangelizadora de los salesianos encuentra en el corazón de Ceferino un fruto precioso. Su amor tierno y firme por Jesucristo se manifestaba en el hondo deseo de la Eucaristía, en el anhelo de conocer y transmitir su Palabra, y en la preocupación por los que ***no saben que Jesucristo entregó su sangre para salvarnos***, como él mismo escribió. Pero lo que más me deleita es una carta donde le escribe a un confesor lo siguiente: ***Si ahora gusto la dulzura del amor de Jesús, lo debo a usted, amadísimo don Juan, que inspirando en mi pobre corazón el amor a la Virgen, me condujo, sin que yo me diese cuenta, a conocer y amar a Jesús.***

Aquí no reina la vanidad de quien cree que ha conquistado el amor de Jesús con sus esfuerzos o que ha llegado a conocer a Dios por su capacidad, sino la tierna gratitud de alguien que fue conducido sin darse cuenta por el secreto misterio de la gracia.

De la estadía de Ceferino en Viedma se conservan algunas hojas donde hacía sus deberes, y en los márgenes hay pequeñas oraciones que él escribía: ***¡Viva Jesús!***, o ***Señor, todo esto por tu amor.***

La historia de Ceferino no conoce episodios extraordinarios. Es una vida sencilla como la de la inmensa mayoría de nuestro pueblo de Dios, donde la fuerza sobrenatural del Espíritu transforma lo cotidiano. Pero en su vida poco llamativa brilla la indisoluble unión entre el amor a Dios y el amor al prójimo. Sus compañeros dieron testimonio de su permanente amabilidad, de su alegre generosidad, de sus constantes gestos de servicio y de su preocupación por consolar y acompañar a los que estaban tristes. Sus preferidos eran los que estaban peor que él. El cardenal Bertone, en su homilía, destacó esta espontánea preocupación de Ceferino por los demás. Cuando estaba por morir, torturado por la tuberculosis, y abandonado por muchos que temían contagiarse, él se ocupaba de un muchacho que estaba internado a su lado, le decía palabras llenas de amor, y le pedía a un sacerdote que cuando él ya no estuviera se acercara a visitarlo: ***¡Si usted viera cuánto sufre! De noche no duerme casi nada, tose y tose.***

En realidad lo que ocurrió es que la profunda experiencia cristiana de Ceferino acogió y potenció el espíritu marcadamente comunitario de los indígenas. Contemplándolo, la Iglesia se siente llamada a desarrollar con mayor intensidad su propia vida fraterna. Así, en las distintas expresiones de la santidad de Ceferino reconocemos que, cuando el Evangelio penetra una cultura, la Iglesia misma se enriquece con nuevas expresiones y valores, manifestando y celebrando cada vez mejor el misterio de Cristo, logrando unir más la fe con la vida y contribuyendo así a una catolicidad más plena (***Aparecida*** 479).

Por otra parte, en ese corazón mapuche podemos reconocer la Patria herida y la dignidad de los pobres que reclama reconocimiento y justicia. Pero al mismo tiempo encontramos en su vida un llamado a la reconciliación y el testimonio de quien, siendo hijo de un imperio humillado, no se quedó de brazos cruzados, fue capaz de mirar para adelante y de aportar su empeño tratando de construir un futuro mejor para los suyos. De este modo, Ceferino nos invita a una profunda fe que nos dignifique como ciudadanos.

Pero sobre todo quiero destacar en el nuevo beato el amor de Dios hacia sus pobres. En una carta Ceferino dice: ***Ya sabe, padre, que con dinero no se lo puedo pagar, porque soy pobre.*** A otro sacerdote le agradecía que había sido enviado por Dios ***para convertirnos a nosotros, pobres indios de la Patagonia.***

Hijo de una familia acorralada, despojada y empobrecida, y además enfermo, debilitado y abandonado, Ceferino se reconocía profundamente pobre y necesitado. Pero sabía que Jesús había derramado su sangre por él, y en esa certeza encontraba su mayor dignidad y toda la

fuerza. Ahora él es testigo de que Dios derriba del trono a los poderosos y eleva a los humildes (cf. Lc 1, 52). Hoy podemos aplicarle a Ceferino las preciosas y consoladoras palabras que Dios dirige a sus pequeños: **Tienes poco poder... pero yo haré que vayan a postrarse delante de tus pies, *y sabrán que yo te he amado*** (Ap 3, 8.9).

Eso hemos hecho los que fuimos a Chimpay. Nos inclinamos ante el mapuche santo para pedirle su ayuda amiga. En la inmensa imagen extendida luego de la beatificación, brillaban sus ojos afectuosos, piadosos y alegres. Allí también, como decían los que lo conocieron, sonreía con la mirada.

En Chimpay compré una imagen de Ceferino en yeso. Quiero pedirle a una serrana que le teja un ponchito, para colocarlo en un cerro de Alpa Corral. Seguramente allí subirán muchos cordobeses sufridos, humillados y fracasados, y en su rostro mapuche, transfigurado por el Espíritu, reconocerán su propia dignidad. Así, en el silencio de la ermita, se sentirán llamados a la reconciliación, a seguir luchando para salir adelante, y a no soltarse de la mano de Dios.